

Aproximación al hispanoamericanismo de Laín

Me decía un antiguo discípulo de Laín —en realidad su primer discípulo, el profesor Granjel, que en estos días es también objeto de un caluroso homenaje por su jubilación de la Cátedra de Historia de la Medicina de Salamanca—, que los maestros atraen a sus discípulos por algunas de sus condiciones personales, pero la que Laín provocaba irremisiblemente era una atracción admirativa. Las gentes que acudían a sus clases, a sus cursos, a sus conferencias, quedaban sobre cualquier otro tipo de impresión, admirados. Y esta atracción admirativa es lo que provocaba en algunos, más que deseos de emulación superlativa, difícil cuando se parte del nivel admirativo, deseos al menos de aproximación al modelo.

Es cierto; porque los que hemos seguido reiteradamente a Laín a través de las páginas de sus libros, de sus artículos, de sus publicaciones, hemos sentido la admiración producida por su estilo ordenado, sistematizado, profundizador y sugerente. Los que, como yo, debido a la distancia geográfica —Cádiz está lejos de cualquier lugar— sólo hemos tenido la oportunidad de escucharle en ocasiones esporádicas, confirmamos también el carácter admirativo que despierta su oratoria, expresión de su sapiencia adobada con un artístico uso del lenguaje. Y en ese aspecto tengo la ventura de ser un auditor privilegiado pues lo compruebo cada año sin necesidad de moverme de Cádiz, porque desde hace bastante tiempo Laín viene cada estío a deleitar nuestros oídos a la ciudad más americanista de España, donde las olas llegan trayendo rumores de las Antillas y donde los vientos suenan a melodías del Caribe, porque las casas de Cádiz todavía huelen a maderas americanas y sus comparsas callejeras cantan aires sudamericanos al son del «güiro», donde sólo un gaditano con añoranza de sus tiempos de «embarcao» pudo cantar: ¹

Me gusta por la mañana
después del café bebí
pasearme por La Habana
con mi cigarro encendí.

Por eso Laín, en Cádiz, hace tiempo que viene a hablarnos cada año de América. Y por eso, ante la amable invitación de sumar mis palabras a este Homenaje a Laín Entralgo en *Cuadernos Hispanoamericanos* me apetece, por muchos motivos, referirme a la obra hispanoamericanista de don Pedro Laín Entralgo. Porque estando en esta ciu-

¹ Solís, Ramón: Coros y chirigotas. Las letras del Carnaval gaditano. Ed. Taurus. Madrid, 1966; p. 10.

dad y refiriéndome a Laín, América está inevitablemente a la vuelta de la esquina; de cualquiera de las esquinas de estas calles que por sus rótulos, por sus lápidas, por sus monumentos, nos recuerdan a América. Pero también porque como historiador de la medicina Laín no ha olvidado a Hispanoamérica.

Hace un par de años que en el Aula Militar de Cultura yo hablaba de «Los Cirujanos de la Armada en América» y señalé que los historiadores españoles de la medicina habíamos olvidado tradicionalmente a América, porque si tenemos en cuenta que en los tratados y manuales de Historia de la Medicina impresos en España, desde los *Anales* de Chinchilla en 1841 hasta aquel momento, sobre la medicina hispanoamericana no se decía ni una sola página (con una sola excepción) no nos podía sorprender que se atribuyera a otros países europeos su capital influencia en la medicina hispanoamericana, ya que ni los profesionales de nuestra ciencia nos hemos ocupado de profundizar adecuadamente en la medicina de nuestras antiguas provincias de Ultramar. La excepción que citaba era, obviamente, la *Historia Universal de la Medicina*, dirigida por el profesor Laín y la revista de la que era fundador y director, titulada explícitamente *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina*. El propio don Pedro, en amigable conversación posterior, me confirmaba que, con algunas excepciones, era cierto que los historiadores médicos españoles no se habían destacado precisamente por el cultivo de la historia médica de aquellos países, ni en el período español, ni mucho menos tras su independencia.

Por esta circunstancia he creído que si entonces dije que la excepción de Laín radicaba en haber incluido en los tomos I y IV de su *Historia Universal de la Medicina*² sendos capítulos sobre *La medicina en la América precolombina* y *Medicina colonial en Hispanoamérica*, de Francisco Guerra, y en el VI la *Patología y medicina interna en Hispanoamérica*, de Carmen Laín González y Francisco Fernández del Castillo, y haber fundado y dirigido una Revista Iberoamericana de Historia de la Medicina, hoy quiero aprovechar esta oportunidad para testimoniar que aquellas palabras escuetas sólo eran el hito más visible de lo que sobre Laín hispanoamericanista podía señalarse, pues la dimensión americanista de Laín sobrepasa en latitud y longitud a aquella breve cita y me permite entrar ahora en el tema con mayor amplitud.

Tres aspectos aprecio en una primera aproximación a Laín hispanoamericanista, que se podría resumir en: Laín y la Historia de la Medicina Hispanoamericana; Laín, español ante América, y Laín y el idioma común.

Que Hispanoamérica estaba presente de forma temprana en la visión histórico-médica de Laín se aprecia cuando los temas americanistas forman parte de las primeras tesis doctorales que dirige: «Historia del pleito y de la curación de la lepra en el Hospital de San Lázaro de Lima» a Juan Cascajo Romero y «Aportación al estudio de la historia de los hospitales coloniales españoles en América durante los siglos XVI, XVII y XVIII» a José Guijarro Oliveras, ambas leídas en 1946. Posteriormente dirigirá también la de Francisco Guerra Pérez: «La materia médica hispanoamericana en la época colonial» (1956).

² Laín Entralgo, Pedro (dir.): *Historia Universal de la Medicina*. Ed. Salvat. Barcelona, 1972-75; 7 vols.

Pero la aportación más significativa de Laín a la Historia de la Medicina Hispanoamericana es la fundación de los *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina* en 1949, que en 1954 amplió su contenido a *Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica*, y que en 1964 y por razones de brevedad en las citas bibliográficas, le antepuso el nombre de *Asclepio*. Esta publicación, editada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, tuvo desde su primer número (julio-diciembre 1949) una dirección compartida con Hispanoamérica: Laín Entralgo (Madrid) y Aníbal Ruiz Moreno (Buenos Aires); con un Consejo de Redacción inicialmente mayoritario iberoamericano: quince iberoamericanos, cinco madrileños, un catalán y un portugués; que en los años sucesivos fueron igualándose en número, de doce a catorce iberoamericanos y casi igual número de europeos. En el primer número aparecen cinco bonaerenses: Carlos Ahumada, G. Aráoz Alfaro, Mariano R. Castex, Guillermo Furlong y Vicente A. Risolía; tres mejicanos, Ignacio Chávez, Francisco Fernández del Castillo y Mario Salazar Mallén; tres limeños, Honorio Delgado, Juan B. Lastres y C. E. Paz Soldán; un guatemalteco, Carlos Martínez Durán; un quiteño, Virgilio Paredes Borja; un uruguayo, Rafael Schiaffino, de Montevideo y un brasileño, Ivolino de Vasconcellos, de Rio de Janeiro.³

En 1953 a esta relación se incorporan Francisco Díaz González (Caracas) y Joaquín Díaz González (Venezuela) y en 1956 Félix Martí Ibáñez, de Nueva York. En 1962 se suman al Consejo de Redacción Miguel Zúñiga, de Caracas; A. Díaz-Trigo, de Buenos Aires; Ricardo Archila, de Caracas; y el hispanoamericanista Francisco Guerra, en Londres. En 1970 un nuevo historiador mejicano viene a incorporarse a los *Archivos*, Germán Somolinos d'Ardois. En 1973 los argentinos A. G. Kohn Loncarica, Argentino J. Landaburu y Julio Lardies González y el habanero José López Sánchez.

La Dirección de la revista también se incrementa en 1960 cuando fallece el argentino Aníbal Ruiz Moreno, y se crea una triple dirección: Laín (Madrid), Luis S. Granjel (Salamanca) y Enrique Laval (Santiago de Chile).⁴ En 1970 al fallecer Enrique Laval, la Dirección queda constituida por tres españoles: Laín Entralgo, L. S. Granjel y José María López Piñero y dos americanos, Ricardo Archila (Caracas) y Francisco Fernández del Castillo (México).⁵

En 1978 los secretarios Agustín Albarracín Teulón y José Luis Peset Reig ascienden a la dirección de los *Archivos*, quedando destacados como Fundadores Laín Entralgo y Aníbal Ruiz Moreno. En los años posteriores, si bien Laín ya no asume la dirección de la revista, la continuidad ideológica de la misma bajo la dirección en primer lugar de su más perenne discípulo Agustín Albarracín, y el mantenimiento de los consejeros iberoamericanos hace que los *Archivos* no sólo mantengan, sino que incrementen su

³ Entre los europeos del Consejo de Redacción, aparte del Secretario Juan Antonio Paniagua, cargo que ocupó al año siguiente Silverio Palafox Marqués y desempeñó durante 18 años, se han de citar a los también madrileños Fernando Enríquez de Salamanca, Rafael Folch Andreu, Carlos Jiménez Díaz, Juan J. López Ibor y Gregorio Marañón; el barcelonés Manuel Usandizaga y el portugués A. da Rocha Brito, de Coimbra.

⁴ La Secretaría también se duplica: Silverio Palafox y José María López Piñero (Valencia). En 1968 deja la Secretaría Palafox y la asume Agustín Albarracín Teulón (Madrid).

⁵ Al año siguiente la Secretaría es compartida por Albarracín Teulón y José Luis Peset Reig (Madrid).

primigenia orientación hispanoamericanista, continuación por tanto de la labor lainiana pero que, obviamente, ya escapa al período de nuestro comentario.

Los *Archivos Iberoamericanos* han mantenido durante esas tres décadas (1949-1978), y a mi modo de ver, tres funciones importantes en relación al conocimiento de la medicina hispanoamericana: El estrechamiento de relaciones científicas, y en muchas ocasiones personales, entre grupos de investigadores histórico-médicos de ambos mundos; la difusión de trabajos hispanoamericanistas en España, así como la recíproca difusión de trabajos de historiadores españoles en las Repúblicas hermanas y la difusión entre nosotros de las novedades editoriales sobre estos temas.

La solidaridad de principios que animarán los *Archivos* en ambas orillas queda reflejada en el pórtico *Al lector* que firman conjuntamente Laín Entralgo y Ruiz Moreno en el primer número: «La comunidad del idioma y tres siglos de historia compartida son títulos suficientes para que todos los médicos de habla española miremos en compañía el pasado de nuestro saber y nuestra profesión. No para quedarnos en simples *laudatoris temporis acti*, ni para cultivar con nuestra investigación no más que la parcela del pasado propio, sino para conocer la verdad de todo lo que fue, hállese o no dentro de nuestro ancho cercado histórico, y para alcanzar, mediante ella, alguna perfección de la Medicina y los médicos que en nuestros países están siendo. Nuestro sumo objetivo es la expresión de la verdad histórica en nuestro idioma...»

La relación de colaboradores, tanto en el Consejo de Redacción como en las páginas de los *Archivos*, es un buen exponente de la buena acogida que la idea de Laín encontró en América cuando en 1948, invitado por el Instituto de Cultura Hispánica, visitó Argentina, Chile y Perú. El contacto personal con Aníbal Ruiz Moreno en Buenos Aires, con Enrique Laval en Santiago de Chile, con Juan Lastres y Honorio Delgado en Lima, etc., que se incorporaron a la empresa de la nueva revista, es muestra de esa faceta de estrechamiento de relaciones científicas y personales. La entrañable amistad mantenida durante años va a plasmarse en las páginas de los *Archivos* con la luctuosa noticia de la pérdida del co-director Aníbal Ruiz Moreno a fines de 1960. Ruiz Moreno era personalidad en el campo de la reumatología, de cuya Liga Internacional fue presidente, y vinculado a la Historia de la Medicina, de cuya Cátedra en la Universidad de Buenos Aires fue encargado desde 1937. En 1970 fallece también el co-director Enrique Laval, fundador de los *Anales Chilenos de Historia de la Medicina* y «uno de los más entusiastas y eficaces animadores de la Historia de la Medicina en todo el ámbito iberoamericano». La pluma de Laín expresa el sentido duelo.⁶ Otros colaboradores del Consejo de Redacción también han desaparecido: Gregorio Aráoz Alfaro (1958), Mariano R. Castex (1968) y Alfonso Díaz Trigo (1968). El fallecimiento en 1972 de Félix Martí Ibáñez no sólo fue una pérdida para la revista y para la medicina hispánica, sino motivo también para confirmación de esa apertura que Laín inició como componente de ese «ghetto al revés» de Burgos, apeándose del «ilusorio Clavileño que desde 1936 hasta unos años después de 1939 habíamos cabalgado»⁷ y que le condujo a dar cabida en las páginas de su revista a los intelectuales exiliados. Por eso escribe en *Un triunfo*

⁶ «Aníbal Ruiz Moreno»: 1961, XIII, 3-4; «Enrique Laval»: 1970, XXII, 359-361.

⁷ Laín Entralgo, Pedro: Descargo de conciencia (1930-1960). Ed. Barral. Barcelona, 1976; p. 315.

dor muerto:⁸ «No ellos y nosotros; más bien, simplemente nosotros, sólo que en otra parte; los de América, para los de aquí, y los de aquí, para los de América».

La incorporación a los *Archivos* de nombres de exiliados, tan mal visto entonces en nuestro mundo oficial, como el propio Félix Martí Ibáñez, Germán Somolino d'Ardois, Francisco Guerra, etc., y la apertura, aunque meramente científica, hacia países tan alejados de la esfera diplomática española como México, fue significativa en los años en que esto se producía.

La difusión en nuestros medios histórico-médicos de trabajos procedentes de Hispanoamérica se incia con la colaboración de la pluma del co-director Aníbal Ruiz Moreno, que junto a temas bonaerenses, como el Protomedicato de Buenos Aires o el Hospital de San Martín, se adentra en temas universales, desde Rufo de Efeso, Galeno o Séneca, hasta Leonardo da Vinci o el cónclave de Caspe.⁹ Le acompaña en esos primeros número Juan B. Lastres con sus estudios sobre la expedición de la vacuna o el «ccoto» peruano,¹⁰ Guillermo Furlong, con la lepra en la Argentina,¹¹ José Báez, comentando una tesis doctoral argentina sobre anestesia obstétrica,¹² y en años sucesivos Alfonso Bonilla-Naar con temas colombianos (trepanaciones, carate), etc.,¹³ Virgilio Paredes Borja, que aporta temas quiteños,¹⁴ Washington Buño con climatología uruguayana, etc.,¹⁵ José M. Mazzini Ezcurra con temas rioplatenses,¹⁶ Julio Lardies González y Alfredo Guillermo Kohn Loncarica, en el XIX argentino,¹⁷ Francisco Guerra respec-

⁸ «Félix Martí Ibáñez. Un triunfador muerto», 1972, XXIV, 497-500.

⁹ Ruiz Moreno, Aníbal: «La fundación del Protomedicato de Buenos Aires», 1950, II, 3-36; Idem: «El juicio de insania de don Ginés Rabaza, diputado por Valencia, al cónclave de Caspe», 1952, IV, 3-39; Idem: «Los dibujos anatómicos de Leonardo da Vinci», 1952, IV, 305-350; Idem y Luisa Galimberti de Carbajo: «Estudios sobre Séneca y la medicina», 1953, V, 327-352; Idem: «Las afecciones reumáticas en la obra de Rufo de Efeso», 1955, VII, 313-354; Idem y Luisa Galimberti de Carbajo: «Algunos aspectos de higiene pública en el Corpus Juris Civilis», 1958, X, 73-93; Idem y Luisa Galimberti de Carbajo: «La gota en la obra de Galeno», 1958, X, 249-274; Idem: «Trámites efectuados para entrega del Hospital de San Martín de Buenos Aires, a los bethlemitas (1726-1748)», 1961, XIII, 5-24.

¹⁰ Lastres, Juan B.: «La viruela, la vacuna y la expedición filantrópica», 1950, II, 85-120; Idem: «Epilepsia y delito. Estudio histórico y médico-legal», 1955, VII, 453-484; Idem: «Contribución al estudio del bocio (ccoto) en el Perú prehispánico», 1958, X, 217-237.

¹¹ Furlong, Guillermo: «La lepra en la Argentina», 1950, II, 121-136.

¹² Báez, Juan José: «Comentarios sobre la primera tesis argentina de doctorado acerca de analgesia y anestesia en el parto», 1950, II, 229-240.

¹³ Bonilla-Naar, Alfonso: «Curiosidades históricas. Una tesis doctoral sobre la bicicleta», 1950, II, 262-264; Idem: «Más datos sobre las primeras trepanaciones en Colombia», 1950, II, 632-635; Idem: «De la historia de nuestra medicina», 1951, III, 341-344; Idem: «Medicina e historia. Los primeros congresos nacionales. La medicina frente a la patria, médicos patriotas», 1952, IV, 586-588; Idem: «Historia de la medicina en Colombia. Catorce años antes que Gratz, Evaristo García demuestra que las sales de arsénico y mercurio curan el carate», 1960, XII, 197-199.

¹⁴ Paredes Borja, Virgilio: «Los médicos franceses Gayraud y Domec y la medicina quiteña a la muerte del presidente doctor Gabriel García Moreno (1875)», 1953, V, 275-288; Idem: «La Facultad de Medicina de Quito», 1957, IX, 407-413; Idem: «Médicos y medicaciones en El Ecuador», 1960, XII, 179-195.

¹⁵ Buño, Washington: «Escorbuto durante la exploración y conquista de América. Una epidemia de 1603, descrita por Torquemada», 1953, V, 576-583; Idem: «Primer texto de anatomía publicado en América», 1958, X, 105-109; Idem: «La climatología médica del Uruguay en dos tesis francesas de la mitad del siglo XIX», 1971, XXIII, 369-387.

¹⁶ Mazzini Ezcurra, José M.: «Los médicos Argerich. Breve reseña de su actuación en el Río de la Plata», 1955, VII, 443-448; Idem: «Redhibitoria y esclavos en el Río de la Plata», 1961, XIII, 213-226.

¹⁷ Lardies González, Julio y Kohn Loncarica, Alfredo Guillermo: «La inmigración médica española en la República Argentina durante el siglo XIX», 1971, XXIII, 327-335.

to a los médicos exiliados españoles del XIX y a la medicina hispanofilipina¹⁸ y Amador Neghme sobre el parasitólogo Noé,¹⁹ etc. Lo cual significó un aporte interesantísimo de primeras plumas hispanoamericanas sobre temas de su propia medicina.

Capítulo importante en una revista científica es la información bibliográfica específica, y la medicina hispanoamericana encontró en *Asclepio* amplio eco en su sección de *Recensiones*, donde se comentaron obras de Martínez Durán, Ruiz Moreno, Joaquín Izquierdo, Furlong, Guerra, Lastres, Schiaffino, Gutiérrez Alfaro, Archila, Paredes, Bonilla-Naar, etc., de las plumas de Gutiérrez Sesma, Castillo de Lucas, Laín Entralgo, Palafox Marqués, Roldán Guerrero, López Piñero, Alberti López y yo mismo.²⁰

Ya de forma incidental el tema médico hispanoamericano ha sido abordado en algunos escritos de Laín, como en su estudio sobre *Fernández de Oviedo como naturalista*,²¹ en donde recoge Laín la imagen de Fernández de Oviedo en América como hombre del Renacimiento que adquiere una experiencia desconocida por sus congéneres, porque allí no se ven las cosas como en Grecia o Italia sino «con mucha sed, mucha hambre, y cansancio... herido sin cirujano, enfermo sin médico ni medicinas». Y junto a esto la sed de verdad y el afán de precisión, es decir, ve a Fernández de Oviedo como genuino español de su tiempo, perteneciente «a la clase más refinada de la época de los Reyes Católicos, como decía Américo Castro, y amante de su idioma “el principal y mejor de los vulgares”, por cuyo motivo escribió su obra en castellano y no en latín».

En la obra de Fernández de Oviedo, en opinión de Laín, más que el aparente desorden de una olla podrida de relatos, noticias y reflexiones de orden histórico, geográfico, cosmográfico, antropológico, botánico y zoológico, existe una intención unificante hispanoamericanista; ve una intención cristocéntrica «y puesto que la nación española es la que está propagando en aquellas tierras el mensaje salvador de Cristo, de nuevo el Universo viene a ser hispanocéntrico»... «Ahora bien: eso que como protagonista está haciendo el español en América tiene su deuteragonista en el indio. La gloria y el sudor, el heroísmo y la codicia, la abnegación y la crueldad, el dolor y el gozo, se alternan o se funden en la ejecución del gran empeño. El universo centrado por España viene a ser, en consecuencia, hispanoindocéntrico» (...) «esa compleja intención unificante, y muy especialmente la visión hispanocéntrica del cosmos, es la clave que nos permite entender desde dentro cuanto de “historia natural” tiene el magno libro de Oviedo».

Posteriormente Laín se adentra en la contemplación del universo por Oviedo, que propone «una idea total del mapa mundi», y estudia su botánica y zoología, de las que comenta su orden descriptivo, la índole de sus descripciones particulares y la relación entre su saber y el ya próximo nacimiento de la moderna ciencia de la Naturaleza.

En otra dimensión, en la profesoral voz de Laín Entralgo encontramos también la

¹⁸ Guerra, Francisco: «El exilio de médicos españoles durante el siglo XIX», 1969, XXI, 223-248; Idem: «La medicina popular en Hispanoamérica y Filipinas», 1973, XXV, 323-330.

¹⁹ Neghme, Amador: «El profesor doctor Juan Noé, maestro de la parasitología iberoamericana», 1973, XXV, 253-267.

²⁰ Una relación de «Recensiones y Notas Bibliográficas» en *Asclepio*, 1974-75, XXVI-XXVII, 55-109.

²¹ Laín Entralgo, Pedro: *Ciencia, Técnica y Medicina*. Alianza Editorial. Madrid, 1986; pp. 97-113.

Historia de la Medicina en Hispanoamérica. Desde su primer ciclo de conferencias en la Facultad de Medicina de Buenos Aires sobre «Historia de la historia clínica» en 1948, hasta la lección magistral «España, América y la Medicina», en la sesión inaugural de las Primeras Jornadas Hispano-Andinas de Historia de la Medicina, en Quito en 1984, aún inédita, la voz de Laín ha resonado muchas veces en las tribunas científicas hispanoamericanas, como viene sonando en los Cursos de Verano de Cádiz para hablarnos cada año de América y España.

Hemos dicho que otro aspecto de Laín hispanoamericanista podríamos denominarlo *Laín, español ante América*.

«Sin haber visitado Hispanoamérica, ningún español puede saber plenamente en qué consiste el hecho histórico de serlo» ha escrito Laín después de su personal descubrimiento de México.²² Pero ya en *Escorial* había lanzado un precoz *Aviso fraterno a los jóvenes americanos*. Fue en 1948 cuando tuvo lugar la primera aproximación física de Laín a Hispanoamérica: Buenos Aires, Santiago de Chile y Lima, al margen del cursillo sobre «Historia de la historia clínica», ya citado, escucharon el magisterio español de Laín a través de otro ciclo promovido por la Asociación Cultural Española, y que versó sobre cinco puntos: «Origen y planteamiento del problema de España», «Menéndez Pelayo», «La generación del 98», «La europeización como problema» y «Los nietos del 98 y el problema de España», que fueron la almendra del posterior libro *España como problema*. Aquel viaje dio también oportunidad a Laín de escribir el libro *Viaje a Sudamérica*, editado por el Instituto de Cultura Hispánica en 1949 y cuyo estudio fue el núcleo del artículo de Lago Carballo en estos mismos *Cuadernos Hispanoamericanos* sobre «El tema de América en la obra de Pedro Laín Entralgo»²³ en 1956, por lo que no insistiré sobre él. Sí debo hacer una mención expresa al nombrar los *Cuadernos Hispanoamericanos* de la labor de Laín en su dirección en sus orígenes.

El español Laín Entralgo ante la realidad de Hispanoamérica nos muestra su concepto de la Hispanidad, más que como el viaje de ida que se conmemora cada doce de octubre, como un «viaje de retorno», porque la Hispanidad, en su entender, no es una realidad estática y conclusa, sino creadora, renovadora. Por ello le puede decir a «César E. Pico, euroamericano»: ²⁴ «América empezó siendo, como todo lo que en la Historia Universal ha valido la pena, una utopía...». Luego América ha sido: «Espacio de aventura, de misión, de lucro, de libertad, de intelectual curiosidad; todo esto ha sido América para los europeos. Pero apenas traspuesto el siglo XVI, sobre el espacio telúrico ya menudea el rumor urbano. El aventurero y el buscavidas quedan allí y allí fundan stirpe; ya el misionero es indígena. Quiere esto decir que el americano va sabiendo salvarse, hablar y regirse por sí mismo: Lacunza enseña en Chile, Sor Juana Inés de la Cruz gongoriza en Méjico su compleja y sutil intimidad, suena en los claustros de Lima la cadencia del silogismo. La tierra de América ha entrado en la Historia Universal. La historia remota y diversa de Moctezumas, Atahualpas y Caupolicanes es total y definiti-

²² Laín Entralgo, Pedro: Descargo de conciencia (1930-1960). Ed. Barral. Barcelona, 1976; p. 374.

²³ Lago Carballo, Antonio: El tema de América en la obra de Pedro Laín Entralgo. «Cuadernos Hispanoamericanos», 82 (1956), 5-17.

²⁴ Laín Entralgo, Pedro: «Idea de América» en Obras. Ed. Plenitud. Madrid, 1965; p. 1.162.

vamente absorbida por la universal historia indoeuropea y cristiana; los indios iletrados empiezan por decir “Castilan, Castilan” —testigo, Bernal Díaz del Castillo— y acaban por sentirse descendientes espirituales de Homero, Prudencio y Tomás de Aquino, como los pupilos de Salamanca y Bolonia».

Por eso, ahora, enfrentado ante el tema cultural, puede decirle al mejicano Carlos Prieto, en *Meditación de Teotihuacán*:²⁵ «Al pie de la pirámide del Sol, la voz de un poeta rubio dice en limpio castellano: “España no nos trajo la cultura; nos trajo tan sólo una cultura”. Es verdad». Laín recuerda que España llevó a América, aparte del caballo y la rueda, sangre, religión, lengua y costumbre. «España implantó en América la permanente posibilidad de ser hombre que en su esencia es Europa. Esto es: la egregia y comunicable posibilidad histórica engendrada por la fusión del legado helénico, el cristianismo y la germanidad.» *Europeos* se dice, por primera vez, a los que combaten a los árabes en Poitiers en el 732... «A la vez que se va haciendo a sí misma —dice Laín— Europa descubre el mundo y, por vía educativa o colonial, lo europeiza... América entera va a ser una prolongación de Europa. Surge así una realidad histórica nueva, a la cual podríamos llamar Euroamérica si no hubiésemos comenzado a llamarla “Occidente”. Benjamín Franklin, Walt Whitman, Sor Juana Inés de la Cruz, Andrés Bello, Rubén Darío y Diego Rivera son tan “occidentales” —tan europeo-americanos— como Hegel, Goya, Pasteur, Darwin, Dostoievski y Marx» (...) «Con sus deficiencias y sus torpezas, tanto como con sus singularidades y sus excelencias, España supo implantar en América la posibilidad europea y occidental que acabo de describir» (...) «la verdad es que la ambición genéricamente “humana” de los que han concebido y edificado el Museo de Antropología del Parque de Chapultepec no hubiera sido posible sin la condición radicalmente europea de los españoles que convirtieron Tenochtitlan en México, y sin la humana posibilidad que para todos los mexicanos —blancos, mestizos o indios—, ellos hicieron vigente y prometedora entre California y el Yucatán. España no llevó a México *la* cultura; llevó tan sólo *una* cultura. Es cierto. Pero esa cultura que llevó España iba a hacer posible que los mexicanos cultivasen un día en términos de cultura universal el legado de las culturas prehispánicas. En definitiva, que su pensamiento y su sentimiento acerca de sí mismos fuesen lo que hoy son.»

Esta es mi visión del español Laín ante América.

Finalmente, una leve aproximación a un campo que Laín ha cultivado excelsamente y por ello plumas mejor cortadas que la mía pondrán de relieve sin duda en este Homenaje: *Laín y el idioma común*.

Sólo, por tanto, tres testimonios de los muchos que se podrían citar, de la valoración de la lengua en el hispanoamericanismo lainiano: Un pintoresco suceso dialéctico en el panameño aeropuerto de Tocumen²⁶ con un chófer de color, Felipe, da pie a Laín para pensar que a través de la dialéctica, en este caso de la pedagogía dialéctica, se puede aportar un granito de arena para «una amistosamente humana mitigación del problema, innegable problema psicológico, de la convivencia armoniosa entre las razas».

Posteriormente, en agradecimiento a la distinción de Miembro Honorario recibida

²⁵ *Laín Entralgo, Pedro: Una y diversa España. EDHASA. Barcelona, 1968: p. 201.*

²⁶ *Ibidem. p. 256.*

de la Academia Chilena de la Lengua, y recordando aquel estrambótico poemilla unamuniano, realizado con topónimos:

Avila, Málaga, Cáceres...

Se inventa este otro:

Apoquindo, Panimávida,
Curicó, Chuquicamata,
Antofagasta, Coquimbo,
Aisén, Chiloé, Rancagua,
Chillán, Copiapó, Quillota,
Temuco, Lolleo, Talca,
Curacaví, Chacabuco,
Maule, Mapocho, Aconcagua.

«No digo Santiago, ni Concepción, ni Valparaíso, ni La Serena, ni Valdivia. Viniendo de la tierra de que vengo, siendo de la tierra de que soy, decir esos nombres podría parecer un acto de narcisismo. No: Curicó, Iquique, Arica, Maipú... Lo que los hombres de mi tierra encontraron al venir a la vuestra. Vuestro "tuétano intraducible". Aquello por lo cual esos nombres, unidos a los que llevan Santiago, Valparaíso y Concepción, son prenda de una verdadera hermandad.»

Pero en donde veo en Laín una mayor profundidad en la defensa de los valores del idioma común es en el discurso del Día de la Hispanidad, celebrado en 1955 en Barcelona, y que titula precisamente *Lengua y ser de la Hispanidad*²⁷ porque «una lengua es, ante todo, un hálito de la entera existencia del hombre, una sutil impronta que nutre y conforma la mente y la vida de quien como suya la habla».

«Tras la emancipación —recuerda Laín— los pueblos de Hispanoamérica sintieron el urgente, el bien explicado deseo de afirmar su propia personalidad.» «No faltaron esfuerzos individuales para extender al lenguaje esa recia voluntad de autoafirmación. Con su vehemencia romántica, con su ansia febril "de hacerlo todo de nuevo y todo sin España" —de Luis Alberto Sánchez es la frase—, Sarmiento proyecta una ortografía adecuada a la fonética suramericana, apela con frecuencia al neologismo galicista y en el fondo de sus recuerdos de niño campesino busca los giros y vocablos que mejor declaren la oriundez andina y pampeña; González Prada, por su parte, lanza en el Perú su grito contra la tradición léxica y gramatical:

Muera el lenguaje vetusto del clásico
Guerra al inútil purismo académico.

»Pero el argentino Sarmiento y el peruano González Prada, y el ecuatoriano Juan Montalvo, y el cubano José Martí —menos rebeldes contra España de lo que ellos mismos pensaron— ¿qué hicieron, a la postre, sino enriquecer, agilizar y vigorizar con savia nueva el cuerpo insenescible del idioma común?»

Así se expresaba Laín aquel Día de la Hispanidad de 1955. Y esto me trae a la memoria el discurso de otro académico de la Lengua don José María Pemán, en su ingreso

²⁷ Laín Entralgo, Pedro: «Lengua y ser de la Hispanidad» en Obras, op. cit., pp. 1.169 y ss.

de numerario de la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz el 31 de julio de 1921. En «Algunas consideraciones sobre la poesía hispanoamericana» denunciaba el falso «americanismo poético» del nuevo lenguaje «neo-español», como le había bautizado Remy de Gourmont, y que «no está producido —decía Pemán— más que por el servilismo francés, por el imperio del galicismo y del neologismo, por el odio a la tradición española, que es la de casa, y por el préstamo pedido al vecino de enfrente.»

Exactamente el mismo servilismo francés que hace a muchos españoles, históricamente extraviados, hablar de Latinoamérica, secundando a Napoleón III...

Y finalizaba Pemán: «He terminado el plan que me propuse. En él he podido demostrar, en resumen, lo siguiente: que el modernismo afectado y antiespañol no es la verdadera poesía americana, sino enfermedad pasajera de ella, como lo ha sido de las literaturas europeas, y que existe, en cambio, una verdadera poesía tradicional americana, *nacida del injerto de la savia joven y fecunda de aquel Nuevo Mundo, en el añoso tronco de la tradición de la raza*» (el subrayado es mío).

El simple cambio de una palabra, raza, haría actual, de 1986, lo escrito hace más de medio siglo, porque raza es término de escaso uso hoy día y receloso, pero era moneda corriente en aquellos tiempos desde que el Día de la Raza fue proclamado por don Alfonso XIII en 1912, el año del Centenario de las Cortes liberales. Desde 1922 se llama Fiesta de la Hispanidad, y en la de 1955 Laín sintetizó «los ingredientes constitutivos de la cultura hispánica: la lengua, nuestra común idea del hombre y el hábito de sentir y pensar...».

Veinte años después, de vuelta de tantas cosas, Laín frente el mar de Cádiz escribía:²⁸ «Estoy ahora ante el ancho mar Atlántico. Como si fuese marco de un cuadro, dos franjas azules delimitan el de mi balcón. El azul de una, la del aire, es blanquecino y uniforme; sólo de cuando en cuando le altera, apenas visible, el vuelo ondulante de una gaviota. El azul de la otra, la del agua, es oscuro, verdoso, y en su zona más próxima a mí queda como pautado por la movible cresta espumosa de unas olas blandas, suaves, corteses...».

Son, sin duda, esas olas que vienen enverdecidas por el reflejo de las palmeras caribeñas, y han de ser amablemente corteses porque vienen a besar los pies del Monumento a las Cortes de la Libertad. En Cádiz, Laín, como cualquier español ha de pensar en América.

Antonio Orozco Acuaviva

²⁸ Idem: Descargo de conciencia (1930-1960), op. cit., p. 510.